



Una mirada profunda a una de las frases más citadas —y más malinterpretadas— de Jesucristo

Vivimos en una época en la que pocas frases del Evangelio se citan tanto como aquella pronunciada por Nuestro Señor Jesucristo:

“No juzguéis y no seréis juzgados”
(Lc 6,37)

La escuchamos constantemente en redes sociales, debates políticos, conversaciones familiares e incluso dentro de la propia Iglesia. Muchas veces se utiliza como una especie de argumento definitivo para impedir cualquier corrección moral, cualquier discernimiento o incluso cualquier afirmación sobre el bien y el mal.

Pero aquí surge una pregunta fundamental:

¿Qué quiso decir realmente Cristo cuando habló de “no juzgar”?

- ¿Significa que un cristiano nunca puede decir que algo está mal?
- ¿Implica que debemos aceptar cualquier conducta sin discernimiento?
- ¿Prohíbe el Evangelio corregir fraternalmente?
- ¿Es pecado señalar el error?
- ¿Dónde está la diferencia entre juzgar una acción y condenar a una persona?

Estas cuestiones son enormemente importantes, porque una comprensión equivocada del “no juzgar” puede llevar a dos extremos peligrosos:

- por un lado, el fariseísmo orgulloso que condena a los demás con dureza;
- y por otro, el relativismo moderno que niega la existencia del pecado y disuelve toda verdad moral.

El Evangelio no aprueba ninguno de esos extremos.

Cristo no vino ni a abolir la verdad ni a destruir la misericordia. Vino a unir ambas



perfectamente.

Por eso, comprender correctamente esta enseñanza es esencial para la vida cristiana actual.

El contexto de la frase “no juzguéis”

La expresión aparece especialmente en el Sermón de la Llanura en San Lucas y también en el Sermón de la Montaña en San Mateo.

“No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzguéis seréis juzgados, y con la medida con que midáis se os medirá.”

(Mt 7,1-2)

Sin embargo, para interpretar correctamente cualquier pasaje bíblico, la Iglesia siempre ha enseñado que debe leerse:

- en su contexto;
- en armonía con el resto de la Escritura;
- y según la Tradición apostólica.

Y aquí encontramos algo muy importante:

Jesucristo sí manda discernir

De hecho, el mismo Señor dice pocos versículos después:

“Guardaos de los falsos profetas.”

(Mt 7,15)



Y también:

“Por sus frutos los conoceréis.”
(Mt 7,16)

Ahora bien, si Cristo pide distinguir falsos profetas de verdaderos, necesariamente está pidiendo un juicio prudencial y moral.

Por tanto, queda claro desde el principio que el “no juzgar” no significa renunciar al discernimiento.

La Iglesia jamás ha entendido este pasaje como una prohibición absoluta de emitir juicios morales.

Entonces, ¿qué prohíbe exactamente Jesús?

El verdadero significado del “no juzgar”

La tradición católica, los Padres de la Iglesia y los grandes teólogos han explicado que Cristo condena principalmente:

1. El juicio temerario

Es decir, atribuir intenciones malas al prójimo sin fundamento suficiente.

Muchas veces creemos conocer el corazón de otra persona, sus motivaciones internas o incluso su relación con Dios. Pero eso pertenece únicamente al juicio divino.

Solo Dios conoce plenamente el interior del hombre.

“El hombre mira las apariencias, pero Dios mira el corazón.”



| (1 Sam 16,7)

El juicio temerario aparece cuando:

- suponemos malas intenciones;
- interpretamos todo negativamente;
- damos por culpable a alguien sin certeza;
- difundimos sospechas;
- destruimos reputaciones;
- o reducimos a una persona a su peor error.

En nuestra época digital esto sucede constantemente.

Las redes sociales han creado una cultura de condena inmediata donde millones de personas juzgan, insultan y destruyen públicamente a otros sin misericordia, sin prudencia y muchas veces sin conocer la verdad completa.

El Evangelio se opone radicalmente a esta actitud.

2. La hipocresía moral

Cristo también condena el juicio hipócrita.

| *“¿Cómo miras la mota que hay en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga que hay en tu ojo?”*
(Mt 7,3)

Jesús no dice que la mota no exista.
La mota existe.

Lo que denuncia es la soberbia de quien pretende corregir a otros mientras ignora gravemente sus propios pecados.



El problema no es reconocer el mal.
El problema es hacerlo desde la arrogancia.

El cristiano está llamado a examinar primero su propia alma.

La corrección sin humildad se convierte fácilmente en crueldad espiritual.

Por eso los santos insistían tanto en la conciencia de la propia miseria.

Cuanto más cerca está un alma de Dios, más consciente suele ser de sus propias faltas.

3. La condena despiadada

Hay una diferencia enorme entre decir:

- “esta acción es pecado”
y decir:
- “esta persona está condenada”.

La Iglesia puede afirmar objetivamente que ciertas conductas son contrarias a la ley de Dios.
Eso forma parte de su misión.

Pero el juicio definitivo sobre el alma pertenece solo a Dios.

Nadie conoce completamente:

- el grado de libertad interior;
- las heridas;
- la ignorancia;
- las circunstancias;
- o el arrepentimiento último de una persona.

Por eso la Iglesia siempre ha sido prudente respecto al juicio final de las almas.

Incluso cuando condena doctrinas o pecados objetivos, mantiene abierta la puerta de la misericordia y la conversión.



Entonces... ¿puede un cristiano juzgar el bien y el mal?

Sí. Y no solo puede: debe hacerlo.

Hoy existe una gran confusión porque se ha identificado cualquier juicio moral con “odio” o “intolerancia”. Pero el Evangelio jamás enseña eso.

El cristiano debe discernir

San Pablo escribe:

“Examinadlo todo y quedaos con lo bueno.”
(1 Tes 5,21)

Y también:

“¿No sabéis discernir lo justo?”
(Lc 12,57)

La vida cristiana exige distinguir:

- verdad y error;
- virtud y pecado;
- santidad y corrupción;
- doctrina auténtica y falsa enseñanza.

Sin discernimiento, la fe se vuelve imposible.

Un padre debe discernir qué es bueno para sus hijos.



Un sacerdote debe discernir doctrinas peligrosas.
Un cristiano debe discernir ambientes dañinos para el alma.

El problema no es el juicio moral en sí.
El problema es la soberbia, la dureza y la ausencia de caridad.

Cristo mismo juzga el pecado

Uno de los mayores errores modernos consiste en presentar a Jesús como alguien que nunca confrontó el mal.

Eso no corresponde al Evangelio.

Cristo habló claramente:

- contra la hipocresía;
- contra el adulterio;
- contra la corrupción;
- contra la dureza de corazón;
- contra la blasfemia;
- contra el escándalo;
- y contra el pecado en general.

A los fariseos los llamó:

“sepulcros blanqueados”
(Mt 23,27)

Y a la mujer adúltera le dijo:

“Vete y no peques más.”



| *(Jn 8,11)*

Aquí vemos el equilibrio perfecto del Evangelio:

- misericordia hacia la persona;
- claridad frente al pecado.

Cristo no humilla gratuitamente, pero tampoco relativiza el mal.

El gran problema moderno: confundir amor con aprobación

En nuestra cultura contemporánea se ha extendido una idea peligrosa:

“Si amas a alguien, debes aprobar todo lo que hace.”

Pero eso no es amor cristiano.

El amor auténtico busca el bien verdadero del otro.

Y el bien verdadero incluye la salvación eterna.

Un médico que oculta una enfermedad grave por miedo a incomodar no actúa con amor.

Un padre que jamás corrige a su hijo no actúa con amor.

Un cristiano que nunca advierte sobre el pecado tampoco ama plenamente.

San Agustín decía:

| *“Ama y haz lo que quieras.”*

Pero ese amor no es sentimentalismo moderno.

Es caridad verdadera orientada hacia Dios y hacia la salvación.



La corrección fraterna: una obra de misericordia

La Iglesia enseña que corregir al que yerra puede ser una obra de misericordia espiritual.

Esto sorprende mucho hoy.

Sin embargo, el Evangelio enseña:

“Si tu hermano peca, corrígelo.”
(Lc 17,3)

Y también:

“Si tu hermano peca contra ti, ve y repréndelo a solas.”
(Mt 18,15)

La clave está en cómo se hace.

La corrección cristiana:

- no busca humillar;
- no nace del orgullo;
- no pretende destruir;
- no se hace públicamente por vanidad;
- no busca sentirse superior.

Debe brotar:

- de la caridad;



- de la humildad;
- de la verdad;
- y del deseo sincero del bien del otro.

Muchos santos corrigieron con firmeza, pero también con lágrimas.

El peligro espiritual de convertirse en juez absoluto

Cuando una persona se acostumbra a juzgar continuamente a los demás, corre un grave peligro espiritual.

¿Por qué?

Porque ocupa interiormente el lugar que pertenece a Dios.

El orgullo espiritual puede disfrazarse de celo religioso.

Uno puede conocer doctrina, defender la verdad y aun así caer en:

- dureza;
- desprecio;
- soberbia;
- falta de misericordia;
- y autocomplacencia farisaica.

El fariseo de la parábola agradecía no ser como los demás hombres. Pero fue el publicano humilde quien volvió justificado.

“Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador.”
(Lc 18,13)

La santidad auténtica siempre produce humildad.



¿Cómo vivir entonces el equilibrio evangélico?

Aquí encontramos uno de los grandes desafíos espirituales del cristiano moderno:

unir verdad y caridad.

No basta:

- ni con “decir la verdad” brutalmente;
- ni con “ser amable” ocultando la verdad.

Cristo hace ambas cosas perfectamente.

Por eso el cristiano está llamado a:

1. Amar profundamente a las personas

Toda persona posee dignidad porque ha sido creada a imagen de Dios.

Incluso el pecador más alejado conserva esa dignidad.

El cristiano jamás debe alegrarse del pecado ajeno ni del fracaso moral de nadie.

2. Llamar pecado al pecado

La caridad no elimina la verdad moral.

El Evangelio no cambia según las modas culturales.

Lo que era pecado hace dos mil años no deja de serlo porque la sociedad moderna lo apruebe.



3. Examinar primero la propia alma

Antes de corregir al mundo entero, el cristiano debe comenzar por su propia conversión.

Los santos insistían enormemente en esto.

Muchas veces vemos con claridad los defectos ajenos precisamente porque ignoramos los nuestros.

4. Hablar con prudencia y misericordia

No toda verdad debe decirse:

- en cualquier momento;
- de cualquier forma;
- ni ante cualquier persona.

La prudencia también es virtud cristiana.

“No juzgar” no significa renunciar a la verdad

Uno de los mayores dramas espirituales actuales es el miedo de muchos cristianos a afirmar la verdad por temor a ser considerados “intolerantes”.

Pero Cristo nunca prometió que el Evangelio sería aceptado por el mundo.

La verdad cristiana incomoda porque llama a la conversión.

Y todos necesitamos conversión.

No solo “los demás”.



Todos.

El juicio final existe

Paradójicamente, quienes más repiten “no juzguéis” suelen olvidar que el Evangelio habla constantemente del juicio de Dios.

Cristo habla:

- del juicio final;
- de la separación entre ovejas y cabritos;
- del cielo y del infierno;
- de la responsabilidad moral;
- y de la necesidad de arrepentimiento.

Por tanto, negar toda evaluación moral no es misericordia: es vaciar el Evangelio.

La misericordia cristiana solo tiene sentido porque el pecado existe.

La enseñanza de los santos sobre el juicio al prójimo

Los santos hablaron muchísimo sobre este tema.

San Juan Crisóstomo

Advertía que el juicio severo hacia los demás endurece el corazón y nos vuelve incapaces de reconocer nuestros propios pecados.



San Francisco de Sales

Enseñaba que debemos odiar el pecado, pero amar al pecador con paciencia y ternura.

Santa Teresa de Calcuta

Veía a Cristo incluso en los más pobres y pecadores, sin negar jamás la verdad moral.

Santo Tomás de Aquino

Explicaba que el juicio puede ser legítimo cuando:

- se hace con justicia;
- con prudencia;
- basado en hechos;
- y buscando el bien.

El pecado está en el juicio injusto o arrogante.

Aplicaciones prácticas para la vida diaria

En las redes sociales

Antes de comentar, insultar o condenar:

- ¿conozco toda la verdad?
- ¿estoy actuando con caridad?
- ¿mis palabras edifican o destruyen?



En la familia

La corrección debe hacerse con amor, no desde el desprecio.

Muchos hogares sufren porque la verdad se comunica sin misericordia o porque la misericordia elimina completamente la verdad.

En la Iglesia

El católico debe defender la doctrina, pero evitando:

- el odio;
- el orgullo;
- la agresividad constante;
- y la obsesión enfermiza por los errores ajenos.

La defensa de la verdad sin santidad termina deformándose.

El ejemplo perfecto: Jesucristo

Nadie amó más que Cristo.

Y nadie habló más claramente sobre el pecado.

Él:

- perdonó a los pecadores;
- comió con publicanos;
- acogió a los rechazados;
- sanó heridas;
- mostró misericordia infinita.



Pero también llamó constantemente a la conversión.

La misericordia de Cristo nunca fue permisividad.

Siempre estuvo orientada a transformar el corazón humano.

Conclusión: el verdadero sentido evangélico del “no juzgar”

Cuando Jesús dice “no juzguéis”, no está abolendo la verdad moral ni prohibiendo el discernimiento cristiano.

Está condenando:

- la soberbia;
- la hipocresía;
- el juicio temerario;
- la dureza del corazón;
- y la condena despiadada del prójimo.

El cristiano debe:

- amar a todos;
- discernir el bien y el mal;
- corregir con caridad;
- evitar la arrogancia;
- reconocer sus propios pecados;
- y confiar el juicio definitivo únicamente a Dios.

En un mundo dividido entre el relativismo y la agresividad, el Evangelio propone un camino más difícil y más santo:



la unión inseparable entre verdad y misericordia.

Porque la verdad sin amor hiera.
Pero el amor sin verdad engaña.

Y solo en Jesucristo ambas cosas se encuentran perfectamente.